

Cantos de abajo



Nubes

Philippe Jaccottet



Traducción de Juan Manuel Rodríguez Tobal

Jaccottet ofrece aquí un breve recorrido por las líneas de tensión de este «libro de duelo», marcado por una profunda discursividad en la que se dan cita el sentimiento elegíaco, la lectura atenta de los signos de la naturaleza y la apertura a la dimensión enigmática o misteriosa de lo real.

Índice de contenido

Cubierta

Cantos de abajo & Nubes

Cantos de abajo

«La vi derecha y ornada de encajes...»

Hablar

1

2

3

4

5

6

7

8

«Te arrancaría con gusto la lengua...»

Otros cantos

«Ah mis amigos de antes...»

«También uno habrá visto a esas mujeres...»

«¿Si me acuesto en la tierra...»

«Alto, niño: tus ojos no están hechos...»

«Escribe ya este libro...»

«Me he enderezado con esfuerzo...»

Nubes

Sobre el autor

Notas

Cantos de abajo

La vi derecha y ornada de encajes
como un cirio español.
Ella, como su propio cirio ya, apagado.

Qué dura me parece de repente...

Dura como una piedra,
una cuña de piedra hincada sobre el día,
un hacha abriendo un corte en la albura del aire.

Y esos pájaros ciegos
que todavía cruzan el jardín, que cantan
pese a todo en la luz...

Ella, como su propia piedra ya,
con inútiles flores piadosas por encima
y sin nombre: oh piedra malquerida
en la albura, muy dentro, del corazón.

Hablar

1

Hablar es fácil, trazar sobre la página palabras
es, por lo general, arriesgar poco:
una labor de encaje, resguardada,
apacible (hasta pudo pedírsele a una vela
su claridad más suave, más equívoca);
se escriben las palabras con igual tinta todas,
«flor» y «temblor», por caso, se parecen bastante,
y aunque copie en la página mil y mil veces
«sangre»,
no se manchará de ella,
ni yo acabaré herido.

Por eso el juego puede volverse insoportable,
y que ya no se entienda lo que ha querido uno
hacer mientras jugaba, en vez de arriesgar fuera
y hacer un mejor uso de sus manos.

Y es así
cuando ya uno no puede hurtarse del dolor,
que se parece a alguien que se acerca
desgarrando las brumas que lo envuelven,
derribando uno a uno los obstáculos, hasta
salvar esa distancia débil... y ya tan cerca
sólo vemos su hocico, más largo aún
que el cielo.

Hablar entonces parece una mentira, o peor: un
insulto

cobarde hacia el dolor, y un despilfarro
del poco tiempo y fuerzas que nos quedan.

2

Cualquiera ha visto alguna vez (por más que se nos quiera hoy guardar hasta de ver el fuego) en qué acaba una hoja de papel con la llama, cómo ella se retrae, como urgida, se enjuta, se deshilacha... Esto también puede llegarnos, este ritmo convulso de retirada, siempre tardío, y, sin embargo, siempre vuelto a empezar,
más flojo cada vez, asustado, jadeante,
ante lo que es mucho peor que el fuego.

El fuego es esplendor, también cuando da en ruina,
es rojo, admite bien ser comparado con el tigre o la rosa, y hasta en última instancia puede uno pretender, puede uno imaginar que lo desea
igual que se desea una lengua o un cuerpo;
o dicho de otro modo: materia es desde siempre
de poema; puede abrasar la página y una súbita llama más alta y muy más viva llenar la habitación de la cama al jardín de una luz que no quema —como si, muy al contrario,
uno fuese vecino de su ardor, como si él nos tornara el aliento, como si uno fuera de nuevo un hombre joven

y enfrente sólo un porvenir sin fin...

Otra cosa, y peor, lo que hace acurrucarse
a un ser sobre sí mismo, arrinconarse
allá en su habitación, pedir ayuda
no importa a quién, no importa la manera:
eso que ni figura, ni faz, ni nombre tiene,
lo que ya no es posible domar en una imagen
feliz, ni someterlo a leyes de palabras,
lo que rasga la página
como rasga la piel,
lo que no deja hablar en otra lengua que la de
un animal.

3

Hablar no obstante es otra cosa, a veces,
que esconderse detrás de un broquel de aire o
paja...

Es como abril a veces, con su calor primero,
cuando cada árbol se convierte en fuente, cuando
parece que la noche
deja correr su voz como una gruta de agua
(algo mejor, seguro, nos aguarda en las sombras
de la fresca enramada que dormir),
sube así por nosotros una especie de dicha,
como si fuera una necesidad, como si hubiera
sido necesario
poner todas las fuerzas y devolverle al aire, generosos,
la ebriedad por haber bebido de ese vaso
frágil del alba.

Hablar así, aquello cuyo nombre
un día fue cantar y a lo que apenas nos atrevemos hoy,
¿es ilusión, mentira? Y es por los ojos, sin embargo,
abiertos
por donde esta palabra se alimenta, lo mismo
que hace el árbol
por sus hojas.

Todo eso que se ve,

todo eso que uno habrá de ver desde la infancia,
precipitado al fondo de nosotros, batido, deformado
quizás, pronto olvidado —el cortejo de un niño
de la escuela, lloviendo, al cementerio;
una mujer muy vieja de negro, vigilando
desde la alta ventana en su sillita
el tenderete del guarnicionero; un perro, Píramo,
amarillo
en un jardín, donde un muro con ramas
torna el eco de un juego de fusiles:
fragmentos sólo, astillas de los años—

eso todo que vuelve así en palabras
tan ligero, tan puro que uno siente
que hasta la muerte vadeará en su busca...

4

¿Habrá cosas que viven en las palabras
más a gusto, que son uno con ellas
—esos momentos de plenitud que hallamos
en los poemas plenos, una luz que traspasa las
palabras
como si las borrara— y otras cosas
que se les encabritan, las zarandean, que las
echan al suelo:

como si ese decir rechazara a la muerte una vez
más,
o será que la muerte pudo ya
incluso las palabras?

5

¡Oh, basta! Basta.

Derriba ya esta mano que no sabe trazar
nada más que humo,
y ve desde tus ojos:

Así se va esta barca de hueso que te trajo,
así se hunde (y ni el más hondo pensamiento
podría ya sanarle las junturas),
así se llena ya de un agua amarga.

Ah, ojalá pueda ahora,
a falta de una gran malla de luz, que nadie es-
pera,
encontrar cada vieja barca humana en aguas de
la muerte
remisión de sus penas, brisa más dulce,
sueño de infancia.

6

Yo habría querido hablar sin imágenes,
sencillamente sólo
empujar la puerta...

Tengo, sí, demasiado miedo
a eso, incertidumbre, misericordia a veces:
no puede uno vivir como los pájaros
en la evidencia del cielo largo tiempo,
y caído ya en tierra,
no puede ver en ellos más que precisamente
imágenes o sueños.